

+10

El genio de la cartuchera

Mario Méndez

Ilustraciones de Fernando Falcone

CUENTOS SO

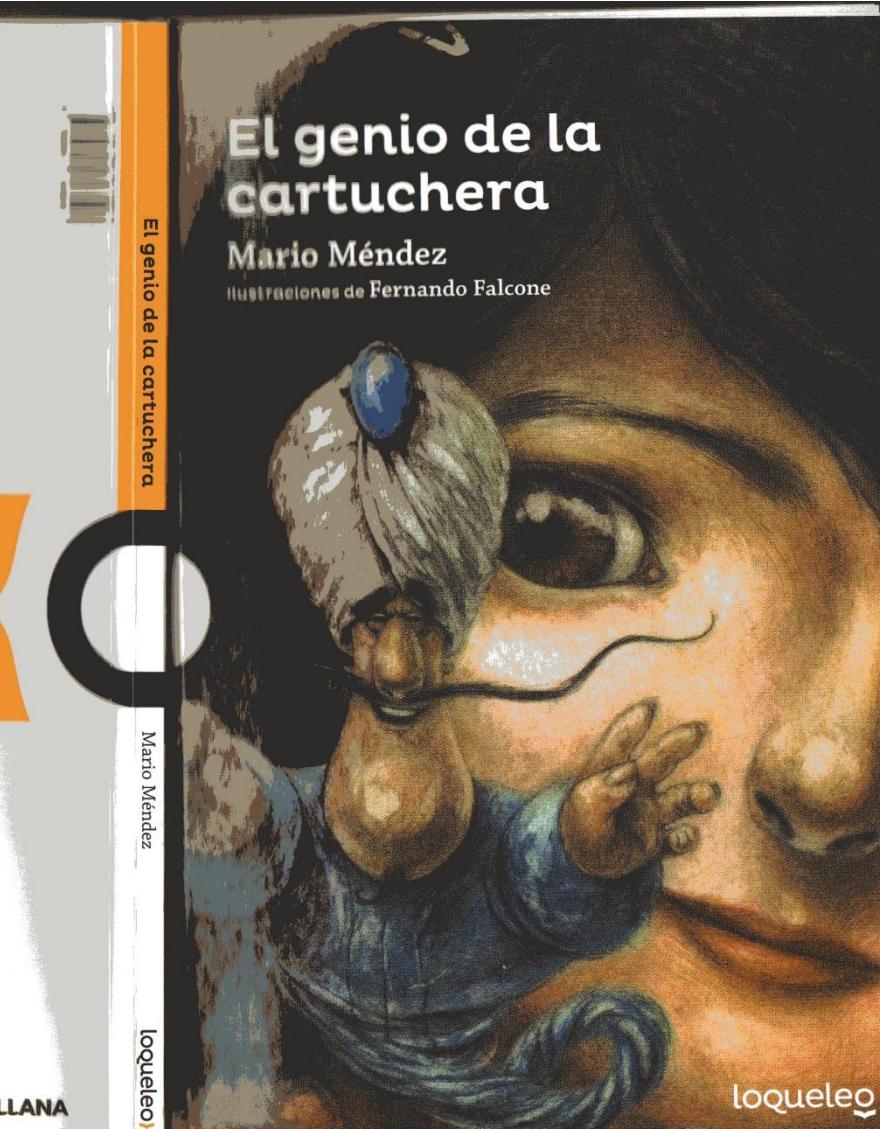
Abdul es un genio bromista y algo torpe que, en vez de lámparas, habita cartucheras. Si bien solo tiene permitido otorgar deseos relacionados con la escuela, a veces intenta saltar las prohibiciones. Habrá que ver cómo se las arregla el genio para cumplirle los deseos a cada uno de los protagonistas de estas historias.

Mario Méndez nos invita a conocer a un genio muy particular, y recorrer en estas páginas sus desopilantes aventuras.

www.loqueleo.santillana.com

loqueleo

SANTILLANA



© 2013, MARIO MÉNDEZ
© 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4354-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015
Octava reimisión: julio de 2022

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA
Ilustraciones: FERNANDO FALCONE

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Méndez, Mario
El genio de la cartuchera / Mario Méndez ; ilustrado por Fernando Falcone.
- 1a ed. . 8a reimpr. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2022.
80 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4354-8

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Falcone, Fernando, ilus. II. Título.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

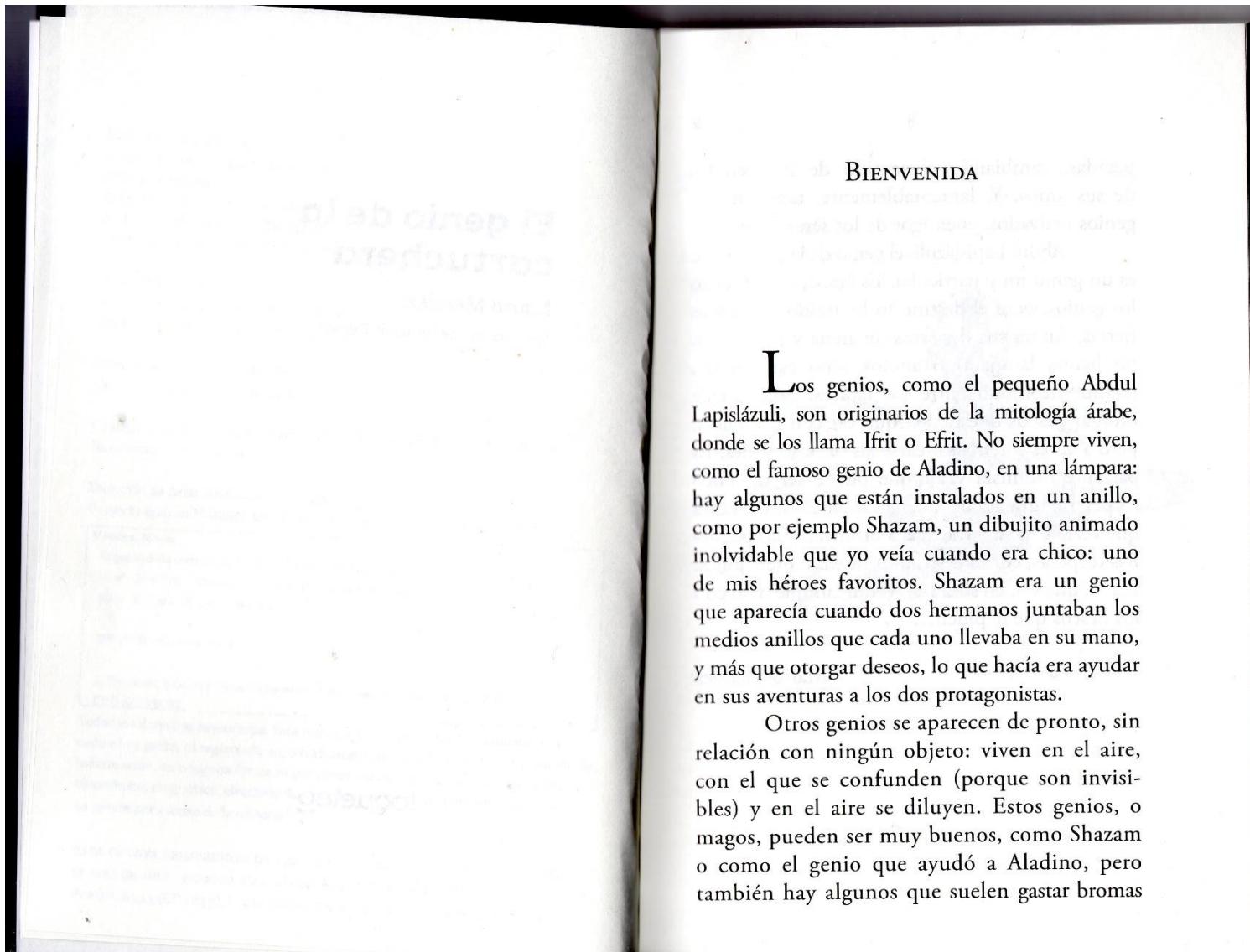
ESTA OCTAVA REIMPRESIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE JULIO DE 2022 EN GRÁFICA ARGENTINA S.R.L., CALLE 125 (EX AV. EVA PERÓN) 6325 (CP 1657), LOMA HERMOSA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El genio de la cartuchera

Mario Méndez

Ilustraciones de Fernando Falcone

loqueleo



BIENVENIDA

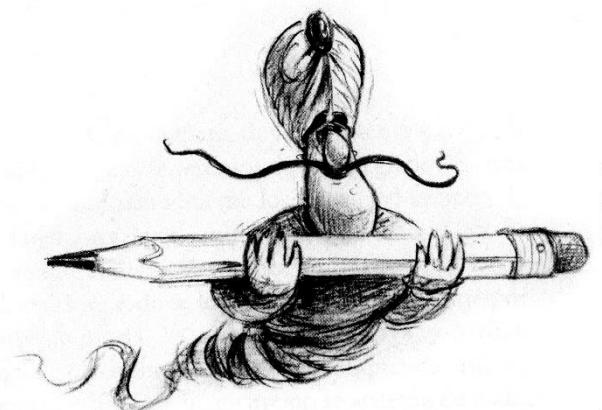
Los genios, como el pequeño Abdul Lapislázuli, son originarios de la mitología árabe, donde se los llama Ifrit o Efrit. No siempre viven, como el famoso genio de Aladino, en una lámpara: hay algunos que están instalados en un anillo, como por ejemplo Shazam, un dibujito animado inolvidable que yo veía cuando era chico: uno de mis héroes favoritos. Shazam era un genio que aparecía cuando dos hermanos juntaban los medios anillos que cada uno llevaba en su mano, y más que otorgar deseos, lo que hacía era ayudar en sus aventuras a los dos protagonistas.

Otros genios se aparecen de pronto, sin relación con ningún objeto: viven en el aire, con el que se confunden (porque son invisibles) y en el aire se diluyen. Estos genios, o magos, pueden ser muy buenos, como Shazam o como el genio que ayudó a Aladino, pero también hay algunos que suelen gastar bromas

pesadas, cambiando el sentido de los pedidos de sus amos. Y, lamentablemente, también hay genios malvados, enemigos de los seres humanos.

Abdul Lapislázuli, el genio de la cartuchera, es un genio muy particular. Es árabe, como todos los genios, pero el destino lo ha traído a nuestras tierras. Afiora sus desiertos de arena y por ahora, no habita lámparas o anillos, sino cartucheras, medio incómodo entre los lápices. Sólo puede otorgar deseos que tienen que ver con la escuela, pero a veces intenta saltarse las prohibiciones. Es bastante bromista y aunque puede ser un poco torpe, siempre tiene buenas intenciones. Habrá que ver si con su tendencia a bromear, y las pequeñas torpezas, consigue realizar buenas intenciones. Habrá que ver, en suma, si Abdul cumple o no con los deseos que le piden...

Mario Méndez



EL EXAMEN

Esa mañana de lunes Melisa Cuoco, la rubieca de ojos verdosos de cuarto grado “B” está repasando mentalmente los temas del examen de Matemática, que estudió durante todo el fin de semana, cuando de pronto, ante la fotocopia con el examen, todo se le borra de la cabeza, como por arte de magia. Es como un relámpago, y Melisa, que es una buena alumna, comprende así, de repente, que sencillamente no se acuerda de nada. Va leyendo los puntos del examen, uno por uno, y ante cada pregunta o ejercicio le pasa lo mismo: es como si estuvieran escritos en chino. Desesperada, Melisa empieza a transpirar. No es la primera vez que le pasa y, como siempre, es culpa de sus nervios. Es que, a pesar de lo que le dice su mamá (“Sentite segura, estudiaste un montón”) o lo que le repite el maestro cada tanto (“Melisa, en los exámenes sacás menos nota de la que podrías porque no te tenés confianza, tenés

que estar más segura de lo que sabés"), a Melisa cada dos por tres le ocurren estas cosas, que no puede controlar. Mira a su lado, buscando ayuda, pero la voz del maestro, que observa todo parado en el centro del aula, le llama la atención, con tono severo.

—Melisa, por favor. Mirá tu hoja.

Melisa no sabe qué hacer. ¿Cómo le va a explicar a su mamá que se sacó un cero, que nada de lo que estudió estaba en su memoria en el momento de hacer el examen? Es un terrible problema. Sin saber por qué, Melisa agarra la cartuchera y la aprieta contra su pecho, como aferrándose a una ayuda, y ahí se queda, moviendo sin darse cuenta el cierre contra el bolsillo del guardapolvo. En eso está, cuando siente que le arde el pecho y piensa que se ha lastimado con el cierre, así que retira rápidamente la cartuchera de su cuerpo y la apoya en el banco. Otra vez mira la hoja y está a punto de largarse a llorar cuando algo le tironea de la solapa. Sorprendida dirige la mirada hacia abajo y allí ve, colgando de un botón, la increíble figura de Abdul Lapislázuli, el famoso genio de la cartuchera, que le hace señas. Melisa toma la extraña aparición entre sus manos y antes de empezar a gritar por el asombro comprende que las señas del hombrecito son para que

se calle la boca, para que disimule. Melisa pone al genio en su hombro y este, en un susurro, le dice cómo hay que hacer el primer ejercicio. Al hacerlo Melisa recuerda el segundo, el tercero y el cuarto, sin problemas. Cuando llega al quinto y último otra vez se le nubla la memoria y el genio calcula para ella la difícil división que el maestro preparó. Un minuto antes de que toque el timbre Melisa termina el examen y lo entrega, sonriente, al profesor. Está segura de que va a sacarse un diez, y es lo primero que le dice a su madre cuando llega a la casa, contentísima.

Tres días después el maestro trae los exámenes corregidos. Del bolsillo de Melisa, tan ansioso como ella, asoma Abdul, esperando la nota. Una de las chicas reparte los exámenes y Melisa mira el suyo. Está segura de que se sacó un diez, o por lo menos un nueve, pero se lleva una gran desilusión al ver que la nota es un siete: seis puntos corresponden a los tres ejercicios que resolvió sola, correctamente. Y de los cuatro puntos restantes, los que contestó Abdul, sólo obtuvo uno. El profesor ve la cara de decepción de su alumna y se acerca al banco. Abdul apenas tiene tiempo de esconderse completamente dentro del bolsillo.

—Cometiste unos errores tontos en los ejercicios uno y cinco, Meli —dice el Profe—. Pero yo sé que estudiaste, quedate tranquila.

Apenas suena el timbre del recreo Melisa se va al baño sola, casi corriendo, y cuando comproba que nadie la ve saca al genio del bolsillo.

—Menos mal que sos un genio —le dice, un poco enojada.

Abdul la mira con sus ojitos divertidos y se encoge de hombros, con una sonrisa.

—Soy un genio, pero la Matemática siempre me costó bastante —le confiesa Abdul—. La que sabe de números me parece que sos vos. Si querés te puedo ayudar en Lengua.

Melisa le sonríe, también divertida.

—No, gracias, yo me arreglo —le dice, convencida.

A la salida del baño se acuerda de que Abdul por lo menos se merece un beso de agradecimiento, pero cuando mete la mano en el bolsillo solo encuentra un alfajor, que el genio dejó como despedida. Melisa mira el alfajor y lo abre con un poco de tristeza. Teme que quizás su pequeño amigo se haya ofendido, pero cuando saca el papel ve que Abdul le ha escrito, con grandes letras desprolijas, un cartelito que dice “DE NADA”.



LOS TRES PROBLEMAS DE JOAQUÍN

El flaco Rivera, Joaquín Rivera, quinto grado "C", turno mañana, tercera fila, anteúltimo asiento, es un alumno de los "más o menos". No es que sea mal alumno, pero podría ser excelente. Su problema es la atención, la falta de atención, mejor dicho: es que, y hay que decir la verdad, alumnos distraídos como Joaquín han habido, en la historia de las escuelas primarias, muy pocos, por no decir ninguno. Tan distraído es que pudiendo ser un alumno excelente, o aunque sea muy bueno, siempre anda con problemas, peleando los exámenes; Joaquín podría ser calificado, sin dudas, como el típico alumno avioneta: cuando no está volando, es porque anda planeando. Siempre en las nubes, como diría la seño.

Su segundo problema es, precisamente, la seño. No porque sea mala o gruñona, ni siquiera antipática. Lo que pasa con la seño de Joaquín ni el mismo Joaquín podría explicarlo; él no sabe por

qué, pero, cada vez que ella habla, a él se le despierta, a mil por hora, la imaginación, y sale despegado a cualquier parte, siempre lejos del tema que están tratando en clase.

Y el tercer problema, para Joaquín el único de verdad importante, es que está enamorado, perdidamente enamorado, de una chica del grado, una petisita llena de pecas llamada Mariana, que no le da ni un poco de bolilla. ¡Y eso a pesar de que Joaquín la viene persiguiendo, sin pausa, desde el primer día de clases del primer grado, hace ya cuatro años! Quizá por eso apareció en la cartuchera de Joaquín el pequeño, poderoso, humeante y bromista Abdul Lapislázuli. O quizás no. Lo mejor es escuchar la historia y después, si queda tiempo, sacar conclusiones.

“Los invasores ingleses desembarcaron en la costa del río y llegaron a la ciudad, que estaba indefensa...”, está diciendo la señorita. Joaquín, que ya conoce la historia, sale a volar desde su banco, pero antes echa una mirada hacia la primera fila, segundo banco, donde Mariana abre grandes los ojos para escuchar mejor a la maestra. Joaquín, mientras frota y frota, distraído, la cartuchera con la foto de los Rolling, sube a un caballo y corre a avisarles a los criollos que llegan los ingleses. Frota y frota, cabalga y cabalga. Llega a la ciudad y ya se

ven los humeantes cañones de los ingleses: echan un humo blanco y finito, un humo que sube y sube hasta la nariz de Joaquín y lo saca de su ensueño. El humo, blanco y finito, está saliendo del cierre de la cartuchera. Joaquín da un brinco en su banco; por suerte, ni la maestra ni los chicos parecen haber visto el humo. “Uy”, piensa Joaquín, “¿qué hice? ¡La prendí fuego!”. Una tos lo saca de sus pensamientos. Una tos tan finita como el humo, una tos como la que deben tener los mosquitos, si es que los mosquitos se resfrían. Una tos que viene del banco. Joaquín mira su cartuchera que, solita, se abre para dejar paso a la pequeña figura de Abdul Lapislázuli, genio escolar.

—Cof, cof, buen día —dice Abdul, con una reverencia—. A tus órdenes.

Joaquín se agacha sobre el banco para que nadie lo vea y, mientras simula anotar lo que la señorita ahora está dictando, pregunta:

—¿Quién sos?

—Abdul Lapislázuli, genio escolar, habitante de cartucheras, capaz de concederte tres deseos, los que quieras... siempre y cuando sean escolares.

Joaquín sospecha que está soñando, que esto es parte de sus fantasías, pero el genio le parece tan real que no puede evitar seguir hablando, siempre

bajito, para que nadie lo oiga ni sospeche que está hablando solo.

—¿Los que yo quiera?

—Sí, pero antes de que toque el timbre, después me mudo de cartuchera.

Joaquín piensa a toda velocidad. A los pocos minutos se le ocurre el primero:

—¡Que empiecen las vacaciones este viernes!

—Concedido. Te quedan dos.

—A ver, a ver, ¡ya sé! ¡Quiero un diez en matemática!

—Concedido. Te queda uno. Y dale, que ya toca.

—Mariana —dice Joaquín, poniéndose colorado.

—¿Qué?

—Que Mariana me dé bolilla.

—Ah. Concedido.

Joaquín sonríe, eufórico. El genio es real, tiene que serlo. Y los deseos que ha pedido son tan lindos que no puede ser que no se cumplan. Levanta la cabeza buscando con la mirada a Mariana, justo cuando el timbre del recreo provoca la estampida hacia el patio.

Joaquín se levanta despacio del banco y va hasta el escritorio de la maestra, que está corrigiendo.

—Seño, ¿las vacaciones empiezan este viernes? —pregunta como al pasar.

—No, Joaquín —responde ella sin levantar la cabeza de las pruebas—. ¿Cómo se te ocurre? Falta un mes y medio.

Joaquín siente que se le aflojan las rodillas. Pero insiste.

—¿Qué me saqué en matemática, seño, me dice?

—Ay, Rivera, qué molesto —rezonga la señorita, mirando su libreta—. Seis, te sacaste seis. Si prestaras más atención, te sacarías todo diez, estoy segura.

A Joaquín la cara le llega al piso. Todo era mentira. En eso entra al aula Mariana y Joaquín se le acerca, de nuevo sonriente y esperanzado.

—Mari... —empieza a decir, pero no termina. Mariana pasa a su lado sin siquiera mirarlo.

—Déjame —dice, sacando su soga de la mochila—. ¿No ves que estoy apurada?

Joaquín sale al patio y esta vez no se prende en la mancha venenosa ni en el campeonato de penales. Mordisquea un turrón que tiene en el bolsillo del guardapolvos ni sabe desde cuándo y espera, resignado, que toque el timbre para entrar otra vez a estudiar las invasiones inglesas.

Al rato, ya dentro del aula, Joaquín escribe sin ganas las preguntas que la maestra ha puesto en el pizarrón. Distraído como siempre, pero además triste, pasa la mano una y otra vez por la cartuchera. Otra vez empieza a salir humo, pero Joaquín ni mira para abajo: se ha convencido de que es solo su imaginación. Abdul Lapislázuli tose, pero Joaquín no hace caso. "No tengo más remedio que subir", piensa el genio de la cartuchera y, acomodándose el turbante, sube por la manga de Joaquín hasta su hombro.

—¡Ey! —le grita en la oreja—. ¡Acá!

Joaquín esta vez no puede evitar mirar. Pero lo hace con el gesto ceñudo. Está enojadísimo.

—¿Así que vacaciones, eh?

—Quien dice una semana, dice un mes, ¿no? —ríe el genio.

A Joaquín no le causa gracia.

—¿Así que diez en matemática, eh?

—Bueno, yo soy solo un genio, tampoco es para hacer milagros —vuelve a reírse Abdul.

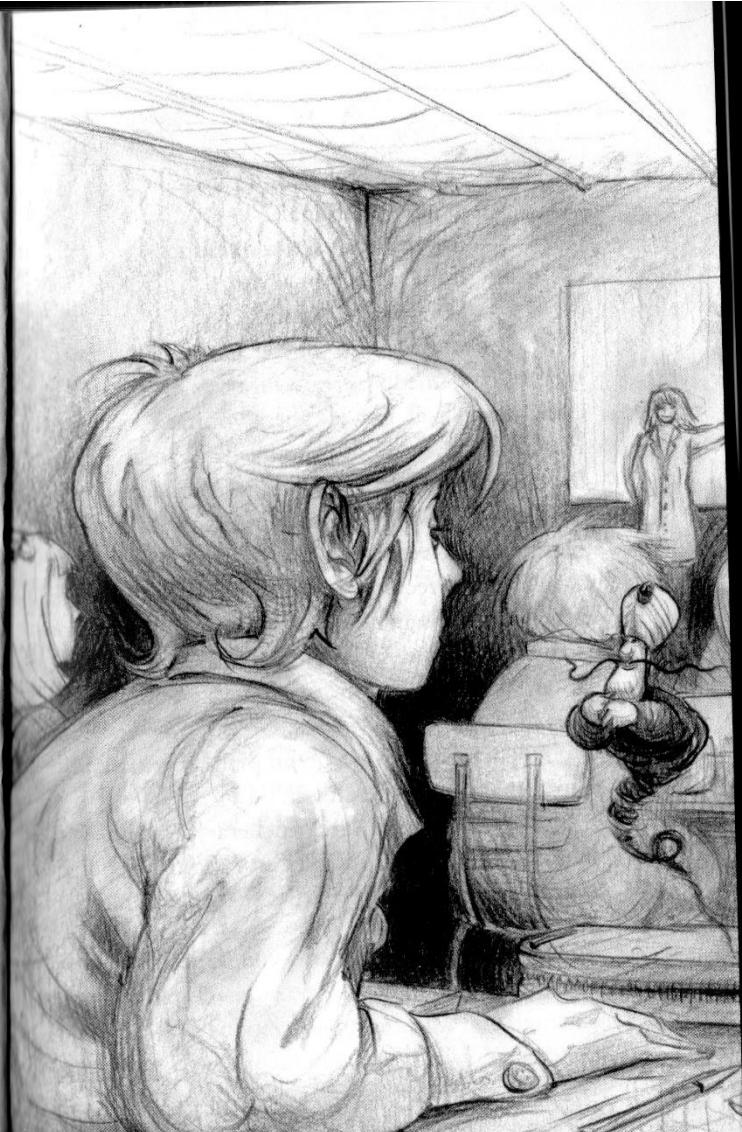
—Ja-ja —lo imita Joaquín—. ¡Qué gracioso! ¿Y Mariana?

—¿Cuál Mariana? ¿La pecosa?

—Sí, no te hagás el tonto.

—¿La petisita?

—Sí, claro.



—¿Una de ojos grandotes?

—¡Siiiii! ¡Terminala!

—Ah, esa que te está mirando.

—¿Qué?

—Mirá para la punta...

Joaquín no lo puede creer. Muy lentamente, con miedo de que otra vez el genio esté burlándose de él, gira la cabeza y mira. Y es cierto. Desde su banco de la primera fila Mariana también lo mira, sonriendo. Joaquín se pone colorado, pero aguanta la vergüenza y mantiene la mirada. Mariana le da a entender con gestos que después la busque, en el recreo, y se pone a escribir. Joaquín tiene ganas de saltar de alegría. Mira a su hombro pero Abdul ha desaparecido. Cuando se pone a frotar la cartuchera con fuerza la voz de la señó lo interrumpe:

—Joaquín, dejá de limpiar la cartuchera y copiá, que después te atrasás.

Joaquín deja la cartuchera y escribe. No le importa la interrupción: está seguro de que, cuando menos lo espere, Abdul reaparecerá para ayudarlo.

EL CUARTO DE LUCÍA

La mamá de Lucía entra al cuarto y ve, una vez más, el terrible desorden. Una ola de calor le sube al rostro. Está cansada, trabajó todo el día, todavía tiene que ayudar a su hija con las tareas y con el baño de antes de dormirse. Aún tiene que preparar la cena, planchar un guardapolvo, dejar lista la vianda para el día siguiente. La mamá de Lucía siente que el enojo la gana. Ella le dijo a su hija, varias horas antes, que tuviera la pieza ordenada, que no quería encontrar todo tirado, como siempre. Y con el enojo le vienen ganas de gritar, una vez más.

—¡Lucía! —le sale el grito, incontenible, y hay mucha bronca en su voz, en su ceño fruncido, en las manos apretadas contra la cintura.

—¡Lucía! —ruge, mientras de puro enojada golpea el taco contra el piso, donde se amontonan las cosas que su hija dejó tiradas.

Lucía conoce esos gritos. Sabe que su mamá tiene razón, pero ¡cómo le duelen esos enojos! Son

tan grandes, son unos enojos tan verdaderamente enojados que la dejan molida, con ganas de llorar de pena, con los huesos blanditos.

—¡Lucía! —vuelve a gritar la madre y la nena se acerca despacio. Sabe lo que la mamá tiene para decir: de pronto se acuerda de que no ordenó el cuarto, que otra vez dejó todo tirado. Tiene algunas explicaciones vagas: “Me llamó papá, estuvimos hablando un rato largo”, piensa en decirle; también recuerda que estuvo leyendo, y que se enganchó con un estreno en la tele, y después se distrajo, simplemente. Pero, cuando la madre está enojada, no hay cómo explicar.

Lucía entra a la pieza. Su mamá la taladra con la mirada.

—¿No te dije que ordenaras? —le grita—. ¿Cómo tengo que decírtelo? ¿No sabés que estoy cansada, que estoy harta? ¡¿Querés que me vuelva loca?! —explota la madre, y Lucía siente un nudo en la garganta, y sospecha que su mamá tiene razón en estar enojada, pero que el orden del cuarto no es tan importante; hay, seguramente, más cosas en ese enojo.

La mamá sale de la habitación dando zancadas, y Lucía empieza a ordenar. Cuando se agacha para recoger la cartuchera, que asoma debajo de la cama, una lágrima caliente le resbala

por la mejilla y cae sobre el cierre. Al contacto de la lágrima, del cierre brota un hilito de humo. Y de inmediato, antes de que Lucía cierre la boca sorprendida, surge el turbante y luego la figura entera de Abdul Lapislázuli, que la saluda con una reverencia.

—A tus órdenes —dice el genio, y con un ademán caballeroso le pasa a Lucía un pañuelito de seda.

Lucía se seca las lágrimas y cierra la boca. Abdul hace su acostumbrada explicación. Puede concederle tres deseos, siempre y cuando sean escolares. Lucía lo piensa, pero comprende que no tiene ninguno. Juntar las cosas de la habitación no es una tarea escolar, sino familiar. Que su madre esté más contenta, que no se enoje tanto, que no llegue tan cansada y con el ceño tan fruncido, ¿qué clase de deseo es? Abdul se encoge de hombros, un poco triste. Parece que su magia, entonces, no será necesaria, pero al menos dará una mano con la limpieza. Se arremanga la amplia camisola, ajusta su turbante y junto a Lucía se pone a ordenar, a limpiar.

Trabajan durante más de dos horas, porque el desorden es enorme y porque a los dos les dieron ganas de que todo quede perfecto, brillante, en su lugar. Mientras tanto se oye el trajín

de la mamá en la cocina, que prepara la cena, que arma la vianda, que contesta un llamado telefónico inoportuno. A Lucía se le ocurre que puede preparar la bañera. La llena de agua tibia, le echa unas sales que la mamá tiene guardadas, hace espuma con un chorrito de champú, y se va a la cocina, un poco tímida.

—¿Venís, mamá? —invita.

La madre la mira seria, todavía enojada.

—¿Terminaste?

Lucía asiente. Siente un empujoncito en el hombro y se acerca a su madre, la agarra de la mano y de la mano la lleva despacio a la pieza, donde todo está perfecto. Y luego la acompaña al baño, donde la bañera espera, llena hasta el borde, espumosa y tibia.

Esa noche, cuando Lucía se mete en la cama, la mamá le lee un cuento, como hacía cuando era chiquita. Es un cuento de *Las mil y una noches*, uno con genios, deseos y aventuras. Lucía se va durmiendo muy despacio, contenta. Y Abdul, en la cartuchera, que está ordenada dentro de la mochila, también cierra los ojos. Antes de que el sueño lo venza piensa que al fin de cuentas algo de magia hizo, aunque no está seguro. Tal vez



la magia, esa noche, ha aparecido sola, entre la mamá que besa la frente de su hija, y la hija que se duerme, con una sonrisa.

LA NUEVA

Mariana está nerviosa. Sabe que no es fácil empezar como la nueva y el primer día de clase, que se le viene encima, ya mismo, imparable, es un día de prueba. Ahí están, en el patio, todos los chicos que no conoce, con los que compartirá el año entero. ¿Y si no la aceptan? Sabe que no es fácil ser nueva en la escuela, ya le ha pasado una vez antes, tiene esa experiencia.

Se pasea nerviosa por entre los chicos y chicas que corren, que se empujan o que simplemente hablan, se saludan. Pronto tocará el timbre de la formación, y Mariana, aunque disimula, siente un temblor en las rodillas. “Ojalá no se note”, piensa, cuando una maestra de las más grandes, una que seguramente está en la escuela desde hace mucho tiempo, se acerca a ella y le pone una mano en el hombro. Una mano amigable, tranquilizadora. Le pregunta cómo está, le desea un buen año y le indica dónde forma su grado. Mariana agradece, con timidez.

El acto de inicio de las clases se hace largo. Se da cuenta de que varios de los chicos y chicas del grado la miran, y aunque un par le ha sonreído, le duele un poco que nadie se le acerque, que no le hablen. Otra vez siente que las rodillas le tiemblan. Pasan los chicos de primero, muy aplaudidos; pasa la bandera de ceremonias, luego se retira. Se canta el Himno y la directora dice unas palabras de bienvenida. El discurso es corto, no muy solemne, incluso bastante simpático. A Mariana le gusta. Se siente incluida en la bienvenida que la directora hace a los chicos de *primerito*, y a todos los padres, maestros y alumnos que comienzan el año.

Al fin termina el acto, los padres, los abuelos, los padrinos se van yendo, despacio. Hay mucho ruido en el patio, bastante alegría. Y en algunos, sobre todo en los nuevos, hay nervios.

Mariana entra con el grupo de quinto a su aula, primero se queda parada como sin saber adónde tiene que ir, y luego busca su lugar y se sienta. Saca la vieja, casi desvencijada cartuchera y la apoya en el escritorio. Es un regalo que le ha hecho hace mucho su padre, y no la quiere cambiar. La levanta por un instante y la frota contra su pecho como esperando que algo del cariño del padre, de la tranquilidad que él siempre ha tratado de darle

desde que era muy chica, le entre en el cuerpo y se lo entibie. Los chicos sacan sus cosas, acomodan las mochilas, conversan. No tienen apuro por empezar, ya la maestra saludará, se presentará, dará la orden de inicio. Mientras tanto, se sienten como en un recreo. Mariana, en cambio, quiere que la clase comience de una vez. El ruido del recreo que no es recreo empieza a molestarla. Vuelve a dejar la cartuchera en su sitio y cuando está por abrirla ve que el cierre se corre y para ella, solo para ella, aparece la figura inconfundible de Abdul Lapislázuli, con su turbante árabe, con su cara de genio burlón.

—Ya es hora, Mariana, ya basta de nervios —le dice Abdul, aun antes de presentarse, de ofrecer los deseos de rigor. Es como si se conocieran, como si ambos supieran de qué se trata la aparición, cuál es el deseo principal de Mariana, que sonríe despacio.

—Tranquilidad —susurra.

—Concedido —dice Abdul, moviendo la cabeza.

—Paciencia —vuelve a pedir Mariana, y Abdul asiente nuevamente.

—Un año feliz —completa Mariana y Abdul sonríe:

—Un feliz año *escolar*, querrás decir, no te olvides.

Ahora es Mariana la que sonríe, como diciendo que sí, que ya sabe cuáles son los deseos que Abdul puede conceder. Luego lo despidé con un guiño. Se siente mucho más tranquila, segura. Es como si de pronto supiera que este será un buen año. Se para, camina hasta el centro del aula y con una voz que le sale firme y a la vez agradable, saluda a todo el grado.

—Buenos días, chicos. Bienvenidos —dice la maestra Mariana, y espera el saludo inmediato de todo el grado.

Abdul, recostado sobre la vieja cartuchera que conoce desde hace muchos años, piensa en lo grande que se ha puesto Marianita. Y en lo buena maestra que es. Y sonríe orgulloso, como si él algo tuviera que ver con todo eso.



GUMA

—Es el mundo al revés, hijo —dice doña Carmen cuando su hijo, que tiene veinte años, que ya está en la Facultad y que es su orgullo más grande, le regala una cartuchera escolar, de dos pisos, casi lujosa y llena de lápices de colores, de biromes, de fibras. Su hijo le sonríe y la besa.

—Éxitos, víeja —le dice, antes de partir para el trabajo. Doña Carmen está un poco emocionada, pero lo disimula. Se sienta frente a la cocina, se ceba un mate y, con la cartuchera flamante apoyada en el pecho, no puede evitar que la cabeza se le llene de recuerdos. En su memoria aparece la nena que fuera cuarenta años atrás, la nena que se crió en un campo cercano al pueblo de Futaleufú, en el sur de Chile. Aquella que todos llamaban Guma, a la que le faltaban muchos años para ser doña Carmen.

Guma cabalga en la memoria de la señora que toma mate. Va montada en un caballo viejo,

detrás de su hermano Nacho, que lleva las riendas, y se agarra bien fuerte de la cintura del hermano mayor, que bufa molesto y cuando ve pasar a las otras chicas, alumnas más grandes, la empuja con el codo hacia atrás, para que Guma no esté pegada a su espalda. La nena retrocede, y se ríe. Sabe que a Nacho le gusta alguna de esas chicas, por eso la empuja hacia las ancas del caballo. Y no se enoja. Ella quiere ir a la escuela del pueblo y, si tiene que aguantarse los malos humores del hermano, se los aguanta. Siempre es mejor que estar ordeñando las vacas, separando los terneros, juntando leña. Cuando sea grande, piensa Guma, ella va a ser como la señorita Matilde, la maestra de primero superior, que es un poco enojona pero siempre está arreglada, siempre sabe qué decir, y cuando escribe hace en el pizarrón unas letras grandes y orgullosas, unas letras que más que letras parecen dibujos.

Guma sonríe sobre el caballo, y doña Carmen, que arregla el mate, sonríe también.

—Primero superior —musita, como si tuviera algún oyente a quien explicarle sus recuerdos—. Como si fuera segundo de ahora.

La gata barcina, que es su regalona, entra a la cocina cuando doña Carmen murmura, y se queda mirando, quizás a la espera de que le hablen.

La escuela del pueblo, fría y blanca, los recibe todas las mañanas, siempre y cuando el camino esté bueno, siempre y cuando la nieve no les impida pasar, o el barro excesivo, o a veces la crecida del arroyo que separa la casa de los Vallejos, puentequito mediante, del camino de tierra que lleva al pueblo.

Nacho y Guma pasan las mañanas, casi todas, estudiando en la escuelita y, al mediodía, después de comer algo, vuelven a la casa, donde siempre hay algo para hacer. La madre se queja. Es mucho el trabajo para ella sola, alguien tiene que ayudarla. Y las cosas se hacen difíciles, a veces por la sequía, otras veces por la demasiada lluvia o por las plagas, las nevadas que les queman los cultivos, los aumentos de los comestibles, de los remedios para los animales, que cada tanto se enferman. La madre de los chicos está muy cansada, y su padre, arriero en la montaña, viene cada tanto, malhumorado, muchas veces triste. La plata no alcanza, hay que hacer economía, hay que trabajar más.

Nacho está en quinto grado, no le gusta mucho la escuela y por eso no le importa demasiado cuando su madre le dice que no va a ir más. Que tiene que ayudar al padre y a ella misma, le explica. Que ya sabe leer, ya sabe escribir, y con eso es suficiente. Lo necesitan para trabajar.

—Usted siga hasta fin de año, pero va a tener que ir caminando, porque el caballo hace falta en la casa —le dice a Guma, a quien tratan de usted, porque así se usa—. Despues vemos.

Y Guma se esfuerza por aprender rápido, por saberse pronto todas las letras. Quiere leer ya, quiere escribir pronto. Ese “después vemos” le da vueltas en la cabeza. Tiene miedo de que cuando llegue la hora de empezar el segundo grado (el tercero de ahora, aclara doña Carmen, para sus adentros, porque la gata se ha aburrido y se ha ido), ya no la dejen ir.

Termina el primero superior, llega el verano, Guma lee con dificultad, pero lee. Y escribe bien, aunque la letra no le salga tan linda como la de la señorita Matilde. Guma, en el verano, trabaja mucho más de lo que juega, en ese campo bello, enorme, durísimo. El verano trae algunas alegrías, las primeras cerezas del parque que se extiende atrás de la casa, el nacimiento de un ternerito, y el anuncio de que viene en camino un nuevo Vallejos, un hermanito.

—Su madre está embarazada —les dice a Nacho y a Guma, apenas sonriendo, su padre—. Hay que ayudarla mucho.

Y aunque Guma se pone contenta, porque desea una hermanita para jugar, también

tiene miedo, no puede evitarlo. Teme que cuando llegue el momento de empezar la escuela ya no la dejen ir. Por eso, por las dudas, saca su único lápiz de la bolsita hecha con la tela de las bolsas de harina, y escribe en cualquier parte. No quiere olvidarse. Ha aprendido rápido, pero tiene que practicar.

Doña Carmen mira la cartuchera llena de útiles que le ha regalado su hijo, el que estudia en la universidad, y la aprieta más contra el pecho. Piensa en la bolsita que tenía para llevar el lápiz solitario y el cuaderno de su niñez, y menea la cabeza.

Guma recibe la noticia llorando. Y llorando pide que la dejen ir a la escuela, ella se va a levantar más temprano, va a volver corriendo, va a ayudar a dormir a la bebé (algo le dice que será una nena), cuando nazca. Pero su madre y su padre no la oyen. De nada sirve que Guma prometa, que llore. La decisión ya está tomada.

—Ya está bien de escuela, usted ya lee y escribe. Ahora la necesitamos acá, hay que trabajar, o se piensa que vive en una casa de ricos.

Guma llora, cuando no la ven se sienta en el galpón y golpea la nuca contra las tablas, para que le duela más, para seguir llorando. Ahora doña Carmen se ríe, curiosamente el recuerdo de

su cabecita de nena golpeando contra las maderas del galpón le hace gracia.

—Cuánto quería ir a la escuela —vuelve a murmurar, como si la gata barcina, que ahora le pasa entre las piernas, la entendiera. La gata maúlla. No es que la entienda, es que de pronto de la cartuchera empieza a brotar un humo blanco, finito, y entonces sale disparada hacia el patio. Doña Carmen también se asusta, y está a punto de tirar lejos la cartuchera humeante, pero no lo hace. La cartuchera es un regalo de su hijo, ¿cómo la va a tirar?

Doña Carmen ya ha dejado de creer en la magia, y sin embargo ahí, frente a ella, se presenta Abdul, el pequeño genio escolar. Abdul se acomoda el turbante y se sube a la mano de la señora, morena, arrugada, áspera de años de trabajo. Y el genio no necesita preguntarle sus deseos. Porque Abdul ya sabe que doña Carmen, la niña que fue Guma, empieza esta misma tarde la escuela de adultos. Para eso el hijo, el que ya va a la universidad, le ha regalado, orgulloso, la cartuchera de dos pisos. Abdul Lapislázuli la acompañará los primeros días, y estará muy atento a cuanto la mujer necesite. Nunca es tarde, piensa cuando doña Carmen le habla de su bolsita de tela rústica, de la escuela del pueblo y de la señorita Matilde. Abdul



no tiene dudas. Sabe que esta vez doña Carmen cumplirá el sueño de la nena que se golpeaba la cabeza. Esta vez Guma terminará la escuela.

EL ACTO

Violeta quería hacer de Remedios en el acto del 17 de agosto, y ese es su papel. Sin embargo, no está contenta. La maestra, para que todo el grado actúe, ha decidido mostrar varios momentos de la vida de San Martín, y a ella le ha tocado nada menos que representar el día de la boda. Tiene que vestirse de novia y pasearse del brazo de Juan Cruz, un San Martín petisito y de patillas pintadas con corcho quemado. Por supuesto que a Juan Cruz tampoco lo entusiasma la idea de que toda la escuela lo vea avanzar por el centro del patio como si fuera la nave de una iglesia, de frac y acompañando a una novia de vestido blanco y trenzas, mientras suena de fondo la marcha nupcial. El “tan tan ta tan” de la musiquita lo vuelve loco, y para colmo no hay compañero que no lo cargue, cada vez que lo ven pasar. “Tan tan ta tan; tan tan ta tan”, le cantan, y pronto también empiezan a cantárselo a Violeta, que, como Juan Cruz, se pone colorada y se enoja.

Por eso, cuando en la cartuchera de Violeta aparece Abdul Lapislázuli, el famoso genio escolar, ella no duda en pedir, como primer deseo, no tener que hacer la marcha de los casados en el acto.

—Primer deseo concedido —le dice Abdul—. ¿Cuál es el segundo?

Violeta lo piensa un poco, pero no se le ocurre nada. En la escuela le va bien, a veces pasa a la bandera, sus notas son buenas y realmente no tiene muchas cosas que pedir. Además, faltan algunos días para el 17, tiene tiempo para pensar.

—¿Puedo pedir algo después del acto? —pregunta al fin, y Abdul le dice que sí, que mientras tanto va a trabajar en alguna otra cartuchera.

Los días pasan tranquilos desde la aparición de Abdul. A Violeta ya no le molesta que les hagan burla con la musiquita, porque está segura de que el genio cumplirá con el pedido. Y, aunque la preocupe un poco que el día del acto se acerque cada vez más y en los ensayos no haya ningún cambio (ella siempre va del brazo de Juan Cruz con la marcha de fondo), está convencida de que algo cambiará la historia. El deseo fue muy claro, y ella está segura de que Abdul evitirá de algún modo que tengan que representar la boda.

Mientras tanto, Abdul anda de acá para allá. En estos días, ha tenido mucho trabajo: le dio una buena ayuda a un chico con un complicado examen de Ciencias Naturales (Abdul se equivocó en solo tres de las cuatro respuestas que le sopló a su nuevo amigo); en una escuela vecina consiguió que a una nena cuyos padres andan con problemas económicos la llevaran a una excursión sin tener que pagar el viaje, y así, yendo y viniendo con otros deseos, para cuando llega el día del acto Abdul se ha olvidado por completo del pedido de Violeta. Precisamente está buscando una nueva cartuchera en la cual meterse cuando oye que suena el Himno y se da cuenta de que empieza el acto.

—¡El casamiento de Viole! —exclama, dándose una palmada en la frente, y corre hacia el patio donde se recuerda la vida y la obra de San Martín.

Abdul espera llegar a tiempo, pero la marcha se le complica, porque la escuela está llena de padres, madres, tíos, tías, abuelas y abuelos, y apenas puede pasar entre el montón de piernas, sillas y bolsos con cámaras de fotos que le entorpecen el camino. El acto parece ser un éxito, pero el genio transpira. ¿Cómo va a quedar su reputación si no puede conceder un deseo tan fácil como el que le pidió Violeta?

Termina el Himno, la bandera de ceremonias se retira del acto, la directora dice sus palabras y Abdul no ha logrado llegar aún hasta los actores. Violeta ya no está tranquila, y Juan Cruz está enojadísimo, porque el "tan tan ta tan" es permanente.

Abdul consigue llegar al escenario justo cuando la maestra encargada de la ceremonia anuncia que se representará la vida de San Martín en sus principales momentos. Los actores se disponen a empezar la representación y, cuando suben la escalerita del escenario, el genio la chista a Violeta, que lo descubre escondido entre los pliegues del telón.

—¿Hubo algún cambio? —cuchichea Abdul.

—Claro que no —responde Violeta, enojada, y Abdul se rasca la cabeza bajo el turbante. Ha lanzando sortilegios durante todo el camino, pero evidentemente sus pases de magia no llegaron a destino. Hay demasiada gente en la escuela ese día, e interrumpen su magia.

—Esperá acá —le dice a Viole, como si ella pudiera irse a otra parte—. Algo se me va a ocurrir.

Violeta suspira, resignada. La verdad es que el genio ya no le parece tan confiable.

Pasa en el escenario el nacimiento de San Martín en Yapeyú, la niñez y el viaje a España, luego sus días de soldado combatiendo a Napoleón y al fin llega el regreso a Buenos Aires. Cuando la maestra anuncia que al poco tiempo de estar allí, San Martín conoció a Remedios y se enamoró de ella, Violeta y Juan se miran con un poco de pena.

—Y bueno —dice Violeta, encogiéndose de hombros.

—Tan tan ta tan —dice Juan Cruz, sonriendo. Los dos se tientan de risa.

Parece que, después de todo, y aunque los compañeros les hagan bromas, ellos la van a pasar bien.

—José de San Martín y Remedios de Escalada se casaron en... —está diciendo la maestra cuando de pronto ve que la encargada de la música le hace una seña imperiosa para que se acerque. La señorita pide disculpas por un inconveniente técnico y se acerca al equipo de música.

—No aparece el CD con la marcha nupcial —dice desesperada la encargada, mientras Abdul observa la escena desde un rincón. Su actuación no es muy mágica, pero sí efectiva: pasarán varios días hasta que encuentren el CD metido en un libro.

—¿Y ahora qué hacemos? —vuelve a desesperarse la encargada de la música, pero la maestra la tranquiliza.

—Tengo una idea, poné este —le dice después de revolver entre los discos. Luego se acerca a Juan Cruz y Violeta, les habla rápidamente y vuelve a tomar el micrófono.

—San Martín y Remedios se casaron y luego festejaron en la casa de los Escalada, con una gran fiesta a la que concurrió medio Buenos Aires —exagera la señó, y da la orden de que pongan la música.

Por los parlantes empieza a sonar, para sorpresa de Abdul, un vals de Strauss, y Violeta y Juan Cruz, muy decididos, se lanzan a improvisar el baile de los novios en medio del escenario. Y están tan sonrientes y simpáticos que cuando termina el vals la escuela tiembla con el aplauso.

Unos días después, Abdul se presenta nuevamente en la cartuchera de Violeta.

—Yo cumplí. Vos me pediste no hacer la marcha de los casados, y no la hiciste —dice, sin ponerse colorado, cuando Violeta le reclama que no cumplió.

—Qué caradura —se ríe Violeta. Está tan contenta con el aplauso y la felicitación de



la maestra, que no se enoja para nada, aunque sí reclama por sus otros dos deseos. Pide, en primer lugar, que los chicos la terminen con las bromas. Y después, aunque no explica por qué, pide que Juan Cruz se siente con ella.

—¡Tan tan ta tan! —canta Abdul, desafiado, y Violeta le baja el turbante hasta la nariz, un poco colorada pero contenta.

LA MUDANZA

Martina termina de instalar los últimos adornos en su pieza nueva, acomoda los almohadones, mira por la puerta ventana hacia el patio, donde su padre parece extasiado frente a la parrilla, y suspira. La casa, sin duda, es más grande y mejor que la anterior, no por nada su padre y su madre están tan felices con la mudanza. Además, aunque a ella le gustaba mucho su casa anterior, por más que fuera chica e incómoda, en la casa nueva podrá tener, por fin, un perro. Es una promesa solemne que sus papás le han hecho y ella sabe que cumplirán.

Martina piensa en que ahora tendría que estar pensando en el cachorro que elegirá, pero se distrae, se desconcentra. Es que, aunque se esfuerza, no consigue estar contenta. Y no puede estar feliz porque la mudanza trae consigo lo que ella más temía: un cambio de escuela. La vieja escuela, en la que ha hecho desde primero hasta quinto, ahora

queda muy a trasmano. Se lo han explicado, los dos, juntos y por separado, con toda claridad, que tendrían que levantarse mucho más temprano para llegar a horario, además de recorrer demasiada distancia, que enfrentar el tráfico de las mañanas es insoportable, que provocaría inevitables llegadas tardes no solo para ella sino también para sus padres, en sus respectivos trabajos... Y con mucha paciencia han soportado su enojo, su llanto y su pena. Pero no es posible que siga en la escuela vieja, definitivamente. Y Martina, a punto ya de comenzar el sexto grado, sufre. Sabe que extrañará su escuela de siempre, las amigas de su grupito, los varones gritones y lieros, el chico pecoso y de lentes que ahora pasa a séptimo y que a ella le gusta en secreto desde hace dos años, la portera cascarrabias pero simpática, la chica que se encarga de la cocina y que siempre le quita la salsa a los fideos, para que Martina coma sin protestar. Todo va a extrañar, pero más que nada extrañará a Noelia, su mejor amiga. Es verdad que va a seguir viéndola, confía en sus padres y en los de Noe, que le han prometido que seguirán en contacto, que organizarán encuentros los fines de semana y cada vez que se pueda. Y sabe, también, que seguirá yendo a los cumpleaños de todos los viejos compañeros, pero en el fondo está segura de que ya no será lo mismo. Aunque

se mantengan unidas, aunque chateen todos los días, se llamen por teléfono o se escriban mails, nunca se podrá comparar con las ocho horas de escuela, sentadas en el mismo banco, compartiendo secretos, juegos, alegrías y hasta enojos. No será lo mismo y por eso Martina está triste, no lo puede evitar. Se imagina que poco a poco Noelia y ella dejarán de ser mejores amigas, y se le hace un nudo en la garganta. Recuerda los primeros días de la escuela, en primer grado, tanto como los últimos del jardín, que también compartieron. Y cada recuerdo se le hace doloroso, porque Noelia es para ella como una hermana: han compartido las salitas de dos, de tres y de cuatro, el preescolar y los cinco años de la escuela. No puede ni pensar en que pronto, en una semana exactamente, comenzará sexto grado y ellas dos no se sentarán juntas. Martina hace fuerza para que no se le caiga una lágrima y se pone a mirar fotos de perros, para tratar de distraerse. Pero se le hace muy difícil.

Pasan unos días y al siguiente fin de semana, tal como se lo han prometido, Noelia visita la nueva casa. Ya sólo faltan tres días para el comienzo de las clases, Noe se quedará a dormir el viernes y estarán juntas todo el sábado, pero después ya no, porque hay que preparar las

cosas, la mochila, los cuadernos, hasta las ganas de recomenzar la escuela.

—¡Es divino, Martu! —le dice Noe, apenas entra, cuando Martina le presenta a Cuchuflo, el cachorro mezcla de salchicha y vaya a saber qué. A su padre no le parece tan lindo, y a su madre decididamente le parece un espanto, pero a Martina le ha gustado ese perro, y ahí está el animalito, listo a saltar de los brazos de su dueña para seguir royendo las patas de la cama, rompiendo zapatos, jugando.

—Y tu casa también está buenísima! —agrega Noelia cuando Martina la lleva a recorrerla, le muestra la pieza, el patio con la parrillita y un cantero con flores, la terraza grande.

—¡Tenés que estar super contenta! —insiste Noe, pero Martina no dice nada y a su mejor amiga no le hace falta la respuesta. La abraza, la empuja, le dice que no esté triste. El lunes comienza sexto grado, es cierto, pero se van a seguir viendo. Noelia repite lo mismo que los padres de Martina, para que ella no se ponga mal. Pero ninguna de las dos, en el fondo, se cree nada. No será igual, no podría serlo. A la noche, de cama a cama, hablan durante horas. Se cuentan secretos, recuerdan cosas de la escuela, del jardín, de las amigas, de los varones. Se ríen muchísimo

y al final, cuando el sueño las vence, se duermen un poco tristes.

El sábado se lo pasan jugando todo el día, hasta que después de la merienda a Noelia la vienen a buscar. Antes de irse a su casa Noe le da un abrazo fuerte, y le deja de regalo, para que empiece bien el año, una cartuchera que ha comprado con sus ahorros, verde y bastante fea, que Martina agradece como si fuera un tesoro. De inmediato vacía la nueva, de dos pisos, que le ha regalado su madrina, pone todos los útiles en la cartuchera que le dio Noelia. Así siente que es como si ella la acompañara un poquito.

El domingo pasa lento, interminable. Martina piensa que es el domingo más triste de su vida. Los fiñquis de la abuela ese mediodía parecen pastosos, jugar con Cuchuflo la cansa de inmediato, las películas de la tele son todas aburridas. Llega la noche al fin, Martina reacomoda su mochila, guarda una lapicera nueva, regalo del abuelo, en la cartuchera y cuando la levanta la siente pesada, como si estuviera llena de arena. La sacude, sorprendida, y la suelta asustada cuando de entre los lápices amontonados asoma Abdul Lapislázuli, acomodándose el turbante.

El genio repite sus palabras de presentación, las mismas de siempre, que ya lo empiezan

a cansar, evidentemente, porque lo hace entre bostezos. Martina no puede creerlo. Piensa que quizá Noelia tenga que ver con el asunto, pero Abdul le adivina el pensamiento y le aclara que no. Luego le dice que ya empiezan las clases, que él está muy atareado, que piense rápido en los deseos escolares que quiera pedir, que son tres y solo tres. Como si adivinara lo que la nena piensa, Abdul le aclara que no puede volver el tiempo atrás, que su magia no es tan grande. La mudanza ya está hecha, eso no tiene cambio. Martina no se decide y el genio la ayuda:

—Podés pedir que tu maestra nueva sea buenísima —le ofrece, pero Martina piensa que preferiría que fuera malhumorada, gritona y que tomara examen día por medio con tal de que Noelia y ella la compartieran, y se encoge de hombros.

—Podés pedir que haya chicos buenos y lindos —insiste Abdul, y Martina vuelve a encogerse de hombros. A ella le gustaba el de séptimo, pecoso y de lentes, pero, aunque estuviera en la nueva escuela, no lo cambiaría porque Noelia se sentara con ella.

—Podés pedir que el año pase rápido —al fin sugiere el genio, resignado. Martina levanta las cejas, asiente en silencio. Esa no es del todo una mala idea.

Abdul no tiene ganas de otorgar semejantes deseos. Va a hablar de nuevo pero en ese momento aparece Cuchuflo y se le abalanza, juguetón. Ofendido, el genio desaparece. Lo único que le falta es un cachorro atrevido que lo babosee. Martina sacude la cabeza. Su imaginación, sin duda, está cada vez más enloquecida.

El lunes se levanta sin ganas, y sin ganas, arrastra los pies, hasta la cocina donde su madre ha preparado el desayuno, donde su papá insiste con que cambie la cara. Ya va a ver lo buena que es la escuela nueva, repite como un loro, la de amigas que va a conocer, lo lindo que será viajar juntos ellos dos solos, todas las mañanas, por el camino nuevo, en dirección al trabajo del padre, sin nada de tránsito. Martina no responde, no sonríe, no tiene ganas de nada.

Antes de salir oye que su madre, que se queda un rato más, cuchichea con su padre en el living. Adivina lo que dicen. Todo es lógico, todo tiene su explicación. Escucha lo de siempre: “Ya se le va a pasar”, “No se puede”, “Tampoco podemos desordenar todo por un capricho”, “Vas a ver que va a estar bien”. Son los argumentos de siempre, los que se repiten entre ambos para tranquilizarse, porque está claro que a ninguno de los dos les gusta ver a

su hija tan triste, tan con cara de lechuguita mustia, tan angustiada.

Padre e hija suben al auto y salen rumbo a la nueva escuela. Martina cierra los ojos. No quiere ni mirar el camino diferente, qué le importa. No quiere llorar, tampoco, porque su papá, que también parece triste, va a terminar enojándose. Aprieta las mandíbulas, hace fuerza, y juega con la cartuchera que le regaló Noelia, donde solo hay útiles, de donde ningún genio saldrá para otorgarle nada, por supuesto. Al fin llegan y su papá le dice que baje, que baje de una vez, y a Martina le tiemblan las piernas pero se aguanta las ganas de llorar, no piensa entrar a su nuevo colegio dando semejante espectáculo.

En la puerta de la escuela le parece ver una cara conocida, y a unos metros cree ver, como si viniera flotando, como en los sueños, a una nena que es igual a Noelia. Martina sacude la cabeza, cierra los ojos y los vuelve a abrir. Su padre, que está al lado, tiene la cara seria, y sin embargo sonríe cuando le habla con un tono áspero, de mal actor:

—Si escucho una sola queja porque hay que levantarse más temprano, te meto pupila —le dice, y Martina de una vez por todas entiende lo que ha pasado y se afloja y se larga a llorar, de puro



contenta. Llora y se tira sobre su padre, para abrazarlo fuerte. Entre las lágrimas ve llegar a Noelia, que ya no flota, que ya no camina como en un sueño y está tan contenta como ella, y entonces, cuando se suelta del abrazo y gira la cabeza ve que desde el auto, estacionado en la puerta de la escuela de siempre, Abdul Lapislázuli le sonríe y juega con el volante. Como si hubiera sido el genio el que decidió el camino, como si los dos, Abdul y su padre, hubieran manejado juntos hasta la vieja escuela.

EL TERCER DESEO DE VALENTINA

Relajado, con las manos detrás de la nuca, el turbante sobre la lona playera y los rayos del sol bronceándole la cara ya de por sí bastante oscura, Abdul Lapislázuli sonríe. No es para menos. Descansa, por fin, en la arena, y piensa en su último, inolvidable trabajo del año, hace tan poco, allá tan lejos. Abdul suspira, feliz. La sonrisa vuelve a brillarle en la cara.

El papá de Valentina tiene un trabajo raro. Es comisario de a bordo en una aerolínea internacional, y por eso, cada tanto, se despide con muchos besos de su pequeña hija y le anuncia, sabiendo que ella pondrá cara larga pero al final comprenderá, que se va de viaje. Y por varios días deja la casa. Valentina, que sufre esas ausencias, se consuela con el chat, con las llamadas de larga distancia, con los mails que su padre le manda todos

los días y también con los regalos, por supuesto, que su papá le trae a la vuelta de cada viaje. Del último le ha traído una moderna cartuchera musical, una novedad con la que se luce en la escuela, y que Valentina hace sonar muy oronda, cada vez que busca un lápiz de color, saca la goma o guarda la lapicera. Tanto que la maestra se harta y la reta.

—Si no apagás esa cosa no te la dejo usar más —le dice la señor, que no comprende que para su alumna es importante que el regalo suene todo el tiempo.

Valentina busca el volumen de la cartuchera y lo pone al mínimo. Está enojada, pero sabe que la señorita es de pocas pulgas, como dice su padre, y es mejor no llevarle la contra. A ver si todavía termina por quitarle su regalo.

Vale baja el volumen de la cartuchera y en el momento en que la va a guardar ve que Abdul, el genio escolar, sale de entre los lápices y se presenta con una reverencia.

“Esta vez sí que el regalo es ingenioso”, piensa Valentina, sorprendida, pero le basta oír al genio para darse cuenta de que el pequeño habitante de la cartuchera no es parte del regalo de su padre, sino que Abdul es de veras una aparición mágica.

—Puedo otorgarte tres deseos, siempre y cuando sean escolares —dice Abdul—. Y no pido

nada a cambio, pero, si me permitís que te lo diga, estoy de acuerdo con tu maestra: la musiquita de la cartuchera me está volviendo loco. Yo te pediría que la dejes sin volumen por un buen tiempo.

Valentina no lo puede creer, pero sonríe. Acepta la sugerencia del genio escolar y luego se pone a pensar en qué puede pedirle. Si hay algo que le gustaría es que su padre cambiara de trabajo, para tenerlo en casa todos los días, pero sabe que eso es imposible, que ese no es un pedido para Abdul. Entonces desea que la maestra sea un poco menos gruñona, y Abdul se lo concede de inmediato.

—Y que la excursión de fin de curso sea un éxito total —agrega la niña de inmediato, como segundo deseo, y Abdul sonríe. Ese sí que es un pedido bien fácil de cumplir: con lo entusiasmados que están los chicos, la excursión será un éxito solita y sola, sin que él tenga que intervenir.

Valentina se queda pensando en qué puede pedir como tercer deseo, pero no se le ocurre nada. Para ganar tiempo, y aprovechando que ha tocado el recreo, le pide al genio que le cuente algo de sí mismo. Abdul se sorprende. Nunca antes le han pedido que cuente su propia historia, eso sí que es agradable. Muy complacido, comienza a contar. Con nostalgia en la voz habla de su Oriente natal,

de cuando era un genio de los de lámpara, y otorgaba deseos de cualquier tipo. Habla de sus amos históricos: príncipes, magos, califas y guerreros. Y hasta de un vagabundo que conoció en un mercado y que llegó a ser rey. Por último le cuenta, con cierta pena, de su viaje al Occidente, de cuando perdió la mayoría de los poderes que tenía y fue condenado a vivir en tierras lejanas, en cartucheras escolares, sirviendo a estudiantes.

—Y no es que no me guste esto de las cartucheras —concluye Abdul, con un suspiro—. La verdad es que descubrí que los chicos son amos mucho más simpáticos, divertidos y sinceros de los que tuve en mis tierras. Pero un poco extraño todo aquello, no lo puedo negar.

Suena el timbre del recreo, Abdul vuelve a meterse en la moderna cartuchera musical y Valentina vuelve al grado.

Apenas entra, la señorita la detiene y, como arrepentida de su reto anterior, le pasa una mano por la cabeza, amablemente.

—Podés usar la cartuchera que te regaló tu papi —le dice—, pero ponela bajita, ¿sí?

Valentina asiente, sonriendo. Es evidente que la magia de Abdul ha empezado a actuar, porque ya se empieza a cumplir su primer deseo. Le da un golpecito a la cartuchera,

como agradeciendo la intervención del genio, y mientras la clase avanza no puede evitar que sus ideas, lejos del tema del día, ronden el tercer deseo, el que aún no ha decidido.

A la salida del colegio la está esperando su papá, y Valentina tiene una vez más la sensación extraña, mezcla de contento y de enojo, que le ocurre cada vez que es su papá el que la busca. Sabe que si es él quien ha venido hasta la puerta de la escuela es muy probable que esté por irse a un nuevo viaje. Confirma su temor cuando su padre, en vez de llevarla derecho a la casa, la invita a tomar chocolate con churros. Esa es una señal inequívoca.

Valentina intenta disfrutar de la merienda, y al rato, cuando al fin logra olvidarse del viaje inminente del papá, come con muchas ganas los churros rellenos, mojados en chocolatada, y conversa animadamente con su padre, que está muy contento. Él le cuenta que lo han ascendido, que tendrá viajes un poco más largos, pero que será muy bueno para su carrera. Y cuando le dice hasta dónde irá esta vez, Valentina no lo puede creer: esa sí que es una sorpresa.

Por la noche, antes de dormirse, Vale sale de la cama en puntas de pie, saca la cartuchera musical de su mochila y la frota suavemente. Medio dormido, con el turbante todo desarmado, aparece Abdul.

—¿Ya pensaste tu tercer deseo? —le pregunta entre bostezos, y se queda boquiabierto cuando su amita le pide, muy suelta de cuerpo, el deseo más raro que ha escuchado en mucho tiempo:

—Quiero que te quedes en la cartuchera, y que no salgas de ella hasta dentro de dos días, en ningún momento —pide Valentina, y el genio no tiene más remedio que prometer que cumplirá con lo que le piden. Después de todo la cartuchera es un útil de escuela, el pedido bien puede ser considerado escolar.

A la mañana siguiente, cuando su padre la despide en la puerta del colegio, Valentina lo abraza fuerte y también a él le pide un deseo, casi casi como si fuera un genio. Se lo pide al oído, como si fuera un gran secreto, y su padre promete cumplirlo. No entiende el porqué, pero es algo divertido, y su hija se lo ha pedido tan seriamente que no tiene ninguna duda de que lo cumplirá.

Valentina entra al colegio muy contenta. No sabe si alguna vez volverá a ver a Abdul Lapislázuli, y es muy probable que su padre no cambie de trabajo en mucho tiempo. Pero igual ella está contenta, y tiene por qué.

Dos días después, cuando el papá de Valentina abre su valija en el hotel de El Cairo, adonde lo ha llevado su nuevo recorrido, encuentra la cartuchera entre sus cosas y se acuerda del pedido de su hija. Esa misma tarde, cuando pasee en camello por el desierto de arena, rumbo a las pirámides, se la regalará al primer chico en edad escolar que vea en el camino. Así se lo ha pedido su hija, y él cumplirá, aunque no entienda la razón.

Unas horas después la cartuchera llega a manos de un niño egipcio, que la abre sorprendido y más sorprendido aún se encuentra con Abdul Lapislázuli. El genio hace su habitual presentación en castellano, y luego, cuando reconoce dónde está, da un salto de alegría sobre los lápices y en su idioma natal le ofrece al niño sus tres deseos, que resuelve de inmediato. Está tan ansioso por recorrer sus arenas que siente que sus poderes son otra vez enormes, como en los viejos tiempos.

Al final del día, antes de tenderse al sol, a disfrutar por un rato de su tierra natal, Abdul Lapislázuli piensa en la niña que ha deseado por él esa vuelta a casa, y se commueve.

—De verdad —dice suavemente, como si alguien lo estuviera oyendo—, los chicos son los mejores amos.

Y se promete a sí mismo, mientras le sonríe al sol, que aunque los azares de su vida de genio lo lleven a Arabia, a la vieja Persia, al Sahara o a la punta del Himalaya, él seguirá viviendo en cartucheras.

Y se promete a sí mismo, mientras le sonríe al sol, que aunque los azares de su vida de genio lo lleven a Arabia, a la vieja Persia, al Sahara o a la punta del Himalaya, él seguirá viviendo en cartucheras.





DESPEDIDA

Abdul Lapislázuli ha recorrido un largo camino. Ha viajado desde la cartuchera de una alumna que se pone nerviosa en los exámenes, a la de una nena cuyo padre no para de viajar, pasando por muchas otras: la cartuchera de una señora grande, la de una maestra, la de un chico distraído, y otras tantas, parecidas pero diferentes. Abdul, que ha viajado mucho, tiene otra vez la oportunidad de recorrer sus desiertos originales, de hablar su lengua nativa, de estar con los suyos. Parece, eso sí, que no querrá dejar las cartucheras en las que, aunque a veces se haya sentido incómodo, ha sabido encontrar su hogar. Aunque, claro, con los genios nunca se sabe.

Por ahora lo dejamos cerca de las pirámides, con chicos y chicas que, aunque vayan a la escuela en camello, también suelen usar cartucheras.

Mario Méndez

Autor

Nació en Mar del Plata, pero reside en Buenos Aires desde hace casi veinte años. Es maestro de grado, y ha estudiado Realización Cinematográfica en la escuela de Cine de Avellaneda y Edición en la UBA.

Ha publicado numerosos cuentos, entre ellos, “El partido”, mención en el Concurso de Amnistía Internacional Argentina; y las novelas *El monstruo de las frambuesas* y *El regreso de los Innombrables*. En Santillana, *Cabo Fantasma*, *El aprendiz*, *El monstruo del arroyo*, *El vuelo del dragón*, *Orff, una aventura en la montaña* y *Pedro y los lobos*.

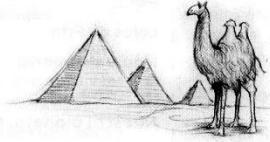
Índice

Bienvenida	7
El examen	11
Los tres problemas de Joaquín	17
El cuarto de Lucía	25
La nueva	31
Guma	37
El acto	45
La mudanza	53
El tercer deseo de Valentina	63
Despedida	73
Biografía del autor	75



S. A. M. D. E. S. T. I. C. H.

Y como se dice en el refrán: "Cuando el sol se pone, viene la noche".
Pero no te desesperes, porque la noche es un tiempo para descansar,
para pensar, para soñar, para leer, para relajarse, para disfrutar de los placeres
de la vida. Y cuando amanece, ya estás listo para seguir adelante.
Porque la vida es un viaje, y cada día es una etapa más en tu camino.
Así que no te rindas, no te desanimes, y sigue adelante con confianza y optimismo.



Aquí termina este libro

escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.

Aquí termina este libro que has leído,

el libro que ya sos.